



RESEÑA DE | A REVIEW OF

M. Elizabeth Boone, *“The Spanish Element in Our Nationality”: Spain and America at the World’s Fairs and Centennial Celebrations, 1876–1915*. University Park, PA, Pennsylvania State University Press, 2020, 272 pp., 20 láminas de color/80 b&n, US\$99.95 (tapa dura), ISBN: 978-0-271-08331-5. También disponible en versión digital.

EUGENIA AFINOQUÉNOVA

eugenia.afinoguenova@marquette.edu

Marquette University. Milwaukee, Wisconsin, EEUU.

“A los estadounidenses todavía nos falta aprender de nuestros propios antepasados, clasificar y unificarlos,” escribió en 1883 Walt Whitman en un ensayo cuyo título, “El elemento español de nuestra nacionalidad”, encabeza este hermoso libro de M. Elizabeth (Betsy) Boone. Por más de un siglo, el esfuerzo por crear una nación estadounidense sobre la base de una religión (el protestantismo) y un idioma (inglés) comunes ha supuesto una eliminación de este *Otro* elemento católico e hispanoparlante. Sin embargo, los edificios neorrenacentistas y neomudéjares esparcidos por el mapa de los EEUU, el coleccionismo que ha llevado el arte español a todos los museos del país y otras prácticas culturales dejan constancia de una relación productiva si bien unilateral en los márgenes de los debates políticos. Analizando las propuestas españolas en las ferias mundiales en los Estados Unidos, Europa y América Latina entre 1876 y 1915, la recepción que tuvieron y los muchos malentendidos que originaron, Boone añade una importante faceta a los estudios de este *hispanismo* cultural de historiadores como Richard Kagan, Javier Moreno Luzón o Christopher Schmidt-Novara, entre otros.

Como la autora explica en la Introducción, estos eventos efímeros tan propios de la modernidad se prestan especialmente bien a un análisis de los imaginarios nacionales que se creaban en el umbral del siglo XX. Epitomizando las identidades modernas y competitivas, las exposiciones internacionales documentaban la transformación de ideas nacionales en destinos visitables, productos consumibles y espectáculos admirables, —en lo que en inglés se llama *display*: concepto que abarca la muestra y la vitrina, el contenedor transparente para los objetos expuestos para ser admirados. Apoyándose en una exhaustiva investigación de archivo y de la prensa transatlántica y ofreciendo copiosísimas ilustraciones, Boone nos hace partícipes de las múltiples decisiones que el convertir una identidad en una muestra y una vitrina conllevaba tomar, desde los

cuadros que se enviaban a las exposiciones de arte y el diseño de los pabellones industriales hasta las personalidades que tenían que representar el país vis-a-vis las élites anfitrionas.

El libro se compone de 5 capítulos dedicados a una o dos exposiciones internacionales cada uno: 1. La Exposición de Filadelfia en 1876; 2. Las exposiciones de Barcelona (1888) y París (1889); 3. La Exposición Colombina en Chicago 1893; 4. Las Exposiciones Centenarias en Buenos Aires, Santiago de Chile y la Ciudad de México en 1910 y 5. Los planos, las fotografías y los grabados reproducidos crean una experiencia polifacética que permite apreciar el lugar simbólico de España en el mapamundi de las ferias. Los documentos de archivo, las entrevistas y la crónica social hacen desfilar toda una serie de personajes: López Fabra, el Comisionado Regio asombrado en 1876 al ver el poco respeto que se mostraba a su país en Filadelfia; la Infanta Eulalia, hermana de Alfonso XII y el Duque de Veragua, descendiente directo de Cristóbal Colón, enviados a la Exposición Colombina de Chicago; José Artal y otros habitantes de la colonia española de Buenos Aires, al borde de la bancarrota por haber patrocinado en 1910 el pabellón de la madre patria que nunca les devolvió la inversión, y muchos más.

Boone no asume que las identidades nacionales, sea española o estadounidense, hayan tenido coherencia fuera de las visualizaciones que estudia. Más bien, las exposiciones nacionales aparecen en su análisis como un vehículo más para escribir los relatos nacionales y, sobre todo, como indicador del fracaso que esperaba estos relatos en la arena internacional:

A finales del siglo XIX, España y los Estados Unidos estaban consolidando sus identidades, pero los españoles estaban intentando unificar su país de una manera que no llegaba a gustar en los Estados Unidos. España se presentaba como país con una rica tradición agricultora, como nación católica gobernada por la monarquía Borbónica recientemente restaurada, mientras los Estados Unidos se imaginaban a sí mismos como república democrática habitada por los protestantes que estaban modernizando la base agricultora del país con la ayuda de las nuevas tecnologías industriales. (17)

Las tensiones que surgían al chocarse el imaginario nacionalista español con las expectativas de los anfitriones son especialmente palpables en el Capítulo 1, que cuenta cómo la gran muestra de cuadros históricos que ilustraban una serie de desembarcos que no sólo incluía la llegada de Colón, sino también el *Desembarco de los puritanos en América* de Antonio Gisbert suscitó el rechazo de los críticos estadounidenses recelosos de que un artista español representara un acontecimiento que no le correspondía.

Las autoridades que planeaban los pabellones españoles usaban su acceso a estas vitrinas transnacionales para hacer alarde de una identidad que, fuera de los espacios feriales, tardaba en consolidarse. Este es el tema del Capítulo 2 que contrasta la imagen de España en las exposiciones de Barcelona de 1888 y de París de 1889. “Mientras Londres, París o incluso Filadelfia podían pretender hablar por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, Barcelona no fue ni la capital, ni tampoco el centro geográfico del Reino de España”, escribe Boone analizando los imaginarios que proyectaban los organizadores

catalanes en 1888 y sus diferencias con el gobierno central (51). El debate sobre el lugar del arte en una sociedad moderna, comenzado en Barcelona, continuaba en 1889 en París. Analizando los dibujos de Luis Jiménez Aranda reflejando la construcción de la Torre Eiffel, Boone traza los orígenes de la identificación de Francia con una modernidad en que la maquinaria y los productos industriales habían encontrado un equilibrio armónico con las bellas artes (70-72). En esta dicotomía, a España le tocaba epitomizar la tradición, —una tarea poco propicia para asegurar el balance de importación y exportación que, después de todo, ponía en marcha el engranaje de las ferias mundiales.

Como demuestra el Capítulo 3, en la Exposición Colombina de Chicago (1893) el deseo de mostrar la pujante energía artística e industrial para ganar nuevos mercados que había animado los memorables pabellones españoles chocó con el afán de los anfitriones de marginalizar España como tierra del pasado, estableciendo así un contraste con la promesa revolucionaria de Cuba. Es importante el análisis que hace Boone de los mensajes ambivalentes asociados con el estilo morisco de los pabellones españoles y su no menos ambivalente recepción (100-110). Diseñadas para recordar tanto el pasado islámico de España como sus recientes guerras de África, las referencias moriscas fascinaron al público estadounidense que ignoraba, o pretendía ignorar, su carga imperialista mientras ridiculizaba las pretensiones imperiales de la propia España.

Cómo situar las ferias mundiales en la brecha, abierta por la modernidad, entre las naciones industriales y las antiguas colonias emisoras de materias primas es el tema del Capítulo 4 que se enfoca en las exposiciones celebradas en Argentina, Chile y México en 1910. Los pabellones de España eran monumentos a la indispensable presencia transatlántica de los *indianos* y a su liderazgo en el intercambio comercial que tanto interesaba a las autoridades españolas. Boone demuestra, sin embargo, que en el nuevo mercado de influencias transatlánticas España tuvo que competir con Francia que proveía mejores modelos de modernización sin la desventaja del bagaje colonial (138-142). Así, la presencia española en la exposición en México se saldó con ataques a los negocios españoles, protestas de los artistas mexicanos contra el apoyo al arte de la antigua metrópoli y una exposición alternativa de arte mexicano en la Escuela Nacional de Bellas Artes (150).

Dedicado a las presencias y ausencias de España en las exposiciones celebradas en California en 1915, el capítulo final del libro nos acerca a la ofuscación de México en la identidad estadounidense. Boone encuentra las raíces de este problema en la marginalización de España en el imaginario nacional de los EEUU. El mismo público que a finales del siglo XIX relegó España al pasado era reacio a aceptar como iguales a sus compatriotas hispanoparlantes de México. Según Boone, ésta fue la posición que, a la larga, dificultaría la transformación de los Estados Unidos en “una nación progresista, positiva y pluralista que un día tal vez logre a ser” (157). Mientras los países enfrentados en la Primera Guerra Mundial suspendían la participación, España y los EEUU tenían su propio frente simbólico en que luchar durante las ferias californianas dedicadas a la apertura del Canal de Panamá. España, que estaba reanimando sus relaciones con

las antiguas colonias promoviendo las ideas de la unidad hispánica, no podía aceptar el imperialismo panamericanista que promovía EEUU. Tras una serie de desencuentros con los organizadores de la exposición de San Francisco, y a pesar de todos los intentos diplomáticos y financieros por parte de los descendientes españoles locales, el gobierno español se negó a financiar una muestra en San Francisco. Esto llevó a un contradictorio resultado: los recintos feriales imitaban la arquitectura española, pero las reseñas no reconocían esta influencia o la atribuían a las fuentes francesas o italianas (164-166). Más llamativa todavía fue la invisibilización de los muchos mexicanos cuyas manos construyeron los pabellones. En la feria de San Diego que sí contó con la participación española, los pabellones hacían alarde de la arquitectura española colonial, ayudando a crear una nueva fantasía de una California arraigada en Europa y racialmente homogénea que excluía a los antiguos súbditos de España a los que los EEUU había prometido la libertad.

No sólo la distorsión de la herencia española en los EEUU, sino también las aún mayores distorsiones que conllevaba la aceptación de esta herencia se examinan con la perspicacia que hace que este libro sea de lectura obligatoria para comprender tanto el complicado mundo de las exposiciones universales como también los problemas que todavía sacuden el debate político y cultural en España y en los EEUU.